

Queriendo tener el príncipe Adolfo, Duque de Nassau, un territorio de caza que respondiese á estas exigencias, mandó hacer un núcleo de once distritos forestales, con una superficie de 41,300 hectáreas.

Custodiado por una excelente guardería, y dotado de un personal facultativo suficiente, puso esta selva á cubierto de la rapacidad de los cosarios, de manera que nada tuvo que temer por sus ciervos viejos; así que aquellos que su alteza no mataba en tiempo de la brama, estaba seguro de encontrarlos en los mismos puestos en la siguiente temporada, habiendo mejorado ya en todos ellos las condiciones de sus respectivas

cornamentas. El inteligente personal de que disponía le daba partes detallados de todo lo observado, siendo identificados cada uno de los ciervos, circunstancia que facilitaba, por la recolección que se hacía de las cuernas que aparecían diseminadas por el suelo después del desmogue.

Esta recolección era tanto más fácil cuanto que en general desmogan ó sueltan las cuernas la una á corta distancia de la otra. Halladas éstas, se enumeraban y ponía la fecha de su hallazgo, y se entregaban al montero mayor, que las hacía armar y colocar en las galerías cubiertas del palacio de caza de Platte.



Ciervo en agosto

CAPITULO VI

LA CAZA DEL VENADO



CERCA de la cornamenta de los ciervos y de sus huellas muchos detalles podríamos añadir.

En Alemania aparecen diariamente libros llenos de pacientes observaciones, más propias para enriquecer la historia natural que de una enciclopedia de esparcimiento y narrativa. Pero juzgamos á nuestros lectores impacientes por llegar á la caza del venado.

El Sr. Torres Ayllón ha escrito sobre la caza sabrosas é instructivas páginas sobre los diferentes procedimientos para cazar el venado, empezando por

LA ESPERA Ó ACECHO

Esta manera de cazar es la más cómoda y segura para ponerse á tiro, puesto que el ciervo presenta al cazador dos ocasiones al día, que son infalibles: cuando sale al pasto y cuando se retira al encamo.

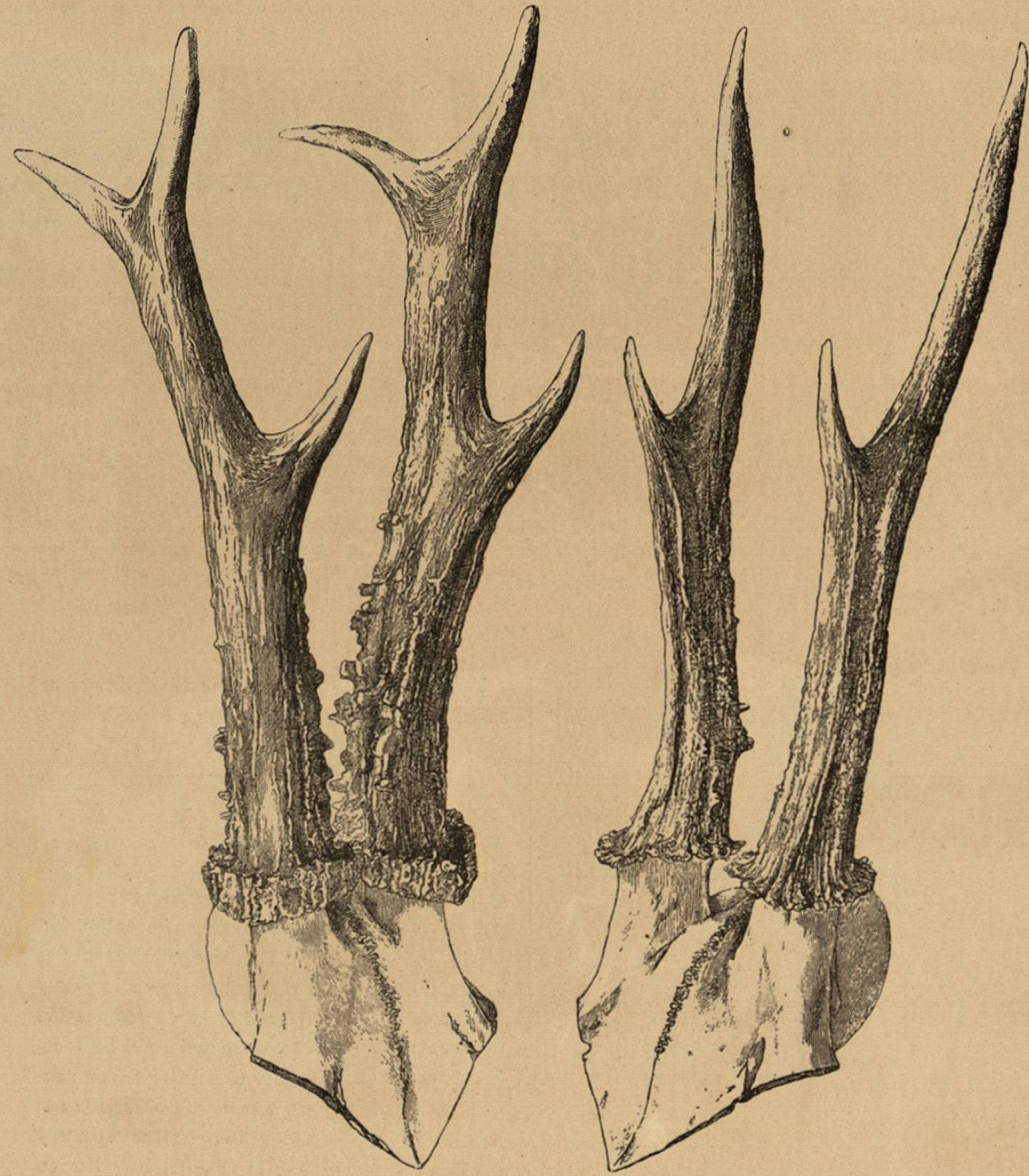
Todos los animales silvestres, cuando se dirigen de su encamo al pasto, siguen un mismo camino para cada dirección que toman, y regresan por él cuando del pasto vuelven al encamo. Estos caminos se llaman *pistas, veredas, ó cambios* de las reses.

Al situarse en un puesto para hacer la espera, conviene siempre verificarlo cerca de la pista por donde se haya observado que salen las reses á pastar.

Una vez elegido el sitio adecuado, se procede á formar un tolo para ponerse á cubierto de los sentidos de la res; es decir, que se debe estar oculto á la vista y á buen viento, pues ya hemos dicho en otra ocasión que los sentidos del venado son muy finos. Sobre todo, debe procurarse estar (y no debe descuidarse esta circunstancia) á buen viento, pues de lo contrario la res, aun antes de que el cazador pueda verla, se espanta y retrocede, dejando burlados sus afanes. Hay días en que el viento es tan sutil que no se percibe, y para conocer de qué lado viene debe el tirador humedecerse un dedo, é inmediatamente sentirá frialdad del lado que corre: entonces se situará bajo el viento, ó, lo que es lo mismo, después que éste haya pasado por la salida de la res.

Instalado en su puesto, esperará á que salga, sin impacientarse y procurando no moverse aunque tarde.

El venado sale á pastar por la tarde antes de ano-



Cornamentas de venados

cheer, y se encama al día siguiente antes de salir el Sol. Por esta razón el cazador debe estar en su puesto media hora antes de ponerse el Sol si el tiempo está seco; pero si sobreviniera algún chaparrón conviene hacerlo antes. Por la mañana debe estar en su espera antes de amanecer.

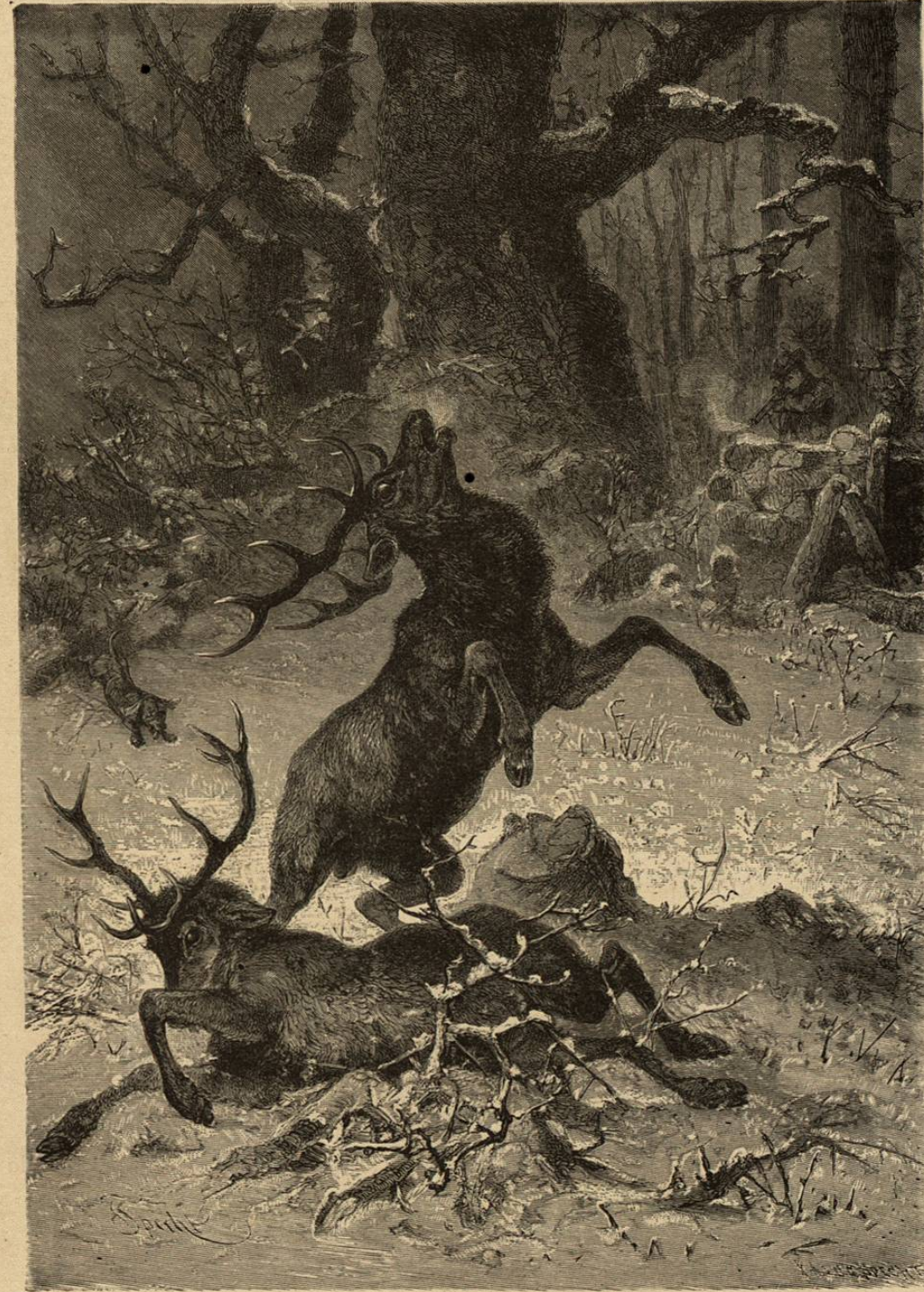
El cazador estará en observación constante del sitio por donde debe salir ó entrar la res, y atento al menor ruido que perciba.

Si hay varias reses en un mismo rodal, suelen las más jóvenes salir las primeras; con un intervalo de algunos minutos salen los venados de seis y ocho candi-

les, y, por último, el más viejo lo hace con media hora de retraso y algunas veces más. Este proceder se explica, porque á medida que entra en años se hace más

desconfiado, y aguarda á que los más jóvenes pasen por el sitio del peligro si lo hay.

El hombre que tenga el sentimiento de lo bello, el



Un tiro certero

que sepa contemplar y admirar la naturaleza, goza en las esperas de la mañana al considerar que le rodea el silencio, que en breve será testigo del despertar del día, y que con los primeros albores disfrutará del magnífico espectáculo que ofrece el movimiento de la na-

turaleza: el canto de los pajarillos y el regreso de los habitantes del bosque á sus encamos. Todos estos signos, acompañados del sonido de las campanas de la vecina aldea, que anuncian á los fieles haber llegado la hora de dejar el blando lecho para dedicarse á las

rudas faenas del campo, son precursores de la mayor magnificencia con que la naturaleza hace manifestación de su grandeza: la salida del Sol.

Con el ánimo predispuesto á todo lo poético, el cazador novel espera con emoción el momento deseado de que el venado se presente á su vista.

Si la espera es por la tarde, el cuadro es muy distinto, pero igualmente bello, y la emoción que se experimenta es más inclinada á lo fantástico.

Si en esta disposición se presenta la res, es inevitable que el cazador se siente acometido de lo que llamamos *fiebre de cañón*, que se manifiesta por medio de fuertes palpitaciones del corazón que impiden hacer buena puntería.

Todo cazador neófito debe tomar en cuenta este consejo:

Seréne ante todo; y esto lo conseguirá teniendo paciencia y observando á la res, que indudablemente vendrá pastando. Déjela llegar á una distancia lo más corta posible: fíjese en algún objeto próximo al sitio en que está la res, para poder luego encontrar fácilmente el punto donde haya sido herida. No se le debe tirar (hablo al cazador novel) estando con la cabeza baja, porque en esta postura tiene la piel distendida, y al levantar la cabeza se contrae á su extensión natural, la herida se cubre y sale poca sangre, siendo difícil cerciorarse de si va herida ó sana: apúntese con el arma, tomando la pata anterior más próxima como objetivo: córrase la puntería de abajo hacia arriba, y al llegar el codillo dispáresele el tiro.

Casi siempre, si el tiempo está sereno y el humo no lo impide, podrá el cazador ver, por el modo de conducirse la res, si ha sido herida y en qué sitio de su cuerpo; por lo tanto, conviene observarla hasta que se pierda de vista.

Si la res á que tiró cae muerta á la vista, conviene inmediatamente abrirle el vientre y sacarle el bandido.

Si desaparece estando herida, conveniente es seguir la huella hasta dar con la res; pero se debe proceder según el sitio donde esté herida. Si el balazo está en parte donde la muerte es inminente, no importa seguir á la res desde luego; pero si el proyectil está en parte menos delicada, es indispensable dejar que se enfríe y que la pérdida de sangre le impida poder correr.

El cazador muy práctico toma las cosas con calma: si no lleva el perro consigo regresa á la casa, y pasadas dos ó tres horas vuelve con él á buscar la huella de nuevo, y la sigue sin tregua hasta hallar la res. Si está

muerta, ya sabe lo que tiene que hacer; pero si ésta tiene aún algo de vida, se levanta á defenderse: entonces es conveniente que suelte el perro para que se entretenga con él, y por este medio le es fácil acercarse á pocos pasos de distancia y rematarla.

CAZA DEL VENADO Á RECECHO Ó RONDA

En bosques donde el venado tiene su residencia fija y no está fogueado, se puede emprender la caza á rececho, cuyos trances son para el verdadero cazador de más estímulo que la de espera. Es el modo de cazar reses que más halaga, porque se establece una lucha de inteligencia, osadía y astucia por parte del hombre y por la de la res, con la sutileza de sus sentidos, su grande instinto de conservación y su asombrosa ligereza.

El rececho es un juego que interesa mucho al amor propio del cazador; y no basta querer hacer: es necesario tener dotes suficientes para tener buen éxito.

No se pueden fijar reglas para este modo de cazar: es preciso sentir y desarrollar el plan á vista del enemigo; y son tantos los casos y tan diferentes las situaciones, que sería muy prolijo fijar reglas para llevarlo á cabo.

Ante todo, el cazador debe tener perfecto conocimiento del terreno, de todos sus accidentes, de los cambios de las reses, de las aguas que corren, las charcas ó bañas, las praderas, etc. Ha de tener resistencia y buenos pies, y debe saber aprovecharse de todo lo que le sirva al éxito de su empresa.

Con estas condiciones el cazador sale á buscar las reses á las lindes de los bosques y los prados, ó de los campos labrados, bastante antes de que el Sol llegue al ocaso, ó á su salida. En ambos casos debe salir sin perros, si no dispone de uno que ya sea muy maestro en este género de caza. Debe procurar calzar la alpargata ó la abarca (muchos cosarios cazan descalzos), y evitar los rodales en que haya por el suelo ramas secas y hojarascas, y procurar á todo trance ver las reses antes de ser vistos.

En el momento en que vea una res debe ocultarse detrás del árbol ó mata más próximos. Una vez oculto, observe si hay otra res de su misma ó de diferente especie en su horizonte, y, cuando tenga la seguridad de que no puede ser descubierto, quítese el sombrero, pues siempre por su color es más fácil que le haga traición, y proceda á recechar, esto es, á aproximarse á la res, tratando siempre de ocultarse detrás de todos los árboles y matas que halle al paso, pero llevando

buen viento hasta llegar á tiro. En esta operación debe mirar al suelo con frecuencia, con el fin de evitar el poner el pie sobre alguna rama ó canto rodadizo que produzca el menor ruido, pues por pequeño que éste sea produce la inmediata huída de la res. Tampoco debe dejar de observar á ésta para seguir todos sus movimientos. Si alguna vez la res se repara y fija en el cazador, éste debe quedar quieto, inmóvil, aun cuando le sorprenda en una posición incómoda, hasta que la res se tranquilice ó confíe y vuelva á pastar. Pero no se fie el cazador de las apariencias, pues al mismo tiempo que pasta observa al objeto que hizo se reparara: otras veces vuelve la cabeza al lado contrario de donde se halla su enemigo y figura rascarse la oreja con la pata posterior, siendo así que lo que hace es observar á su contrario por debajo de su vientre.

Si se encuentran varias reses reunidas, es más difícil poder llegar á tiro, pues es más que probable que alguna se repare y observe. En este caso lo mejor que puede hacer el cazador es seguir su camino silbando ó tarareando, tratando de aproximarse describiendo círculos, y preparada su arma para hacer fuego en el momento en que se pare.

Este procedimiento es el mejor, porque todos los animales escuchan atentos la música, y por este medio se puede evitar que huyan.

Si en el momento en que el cazador va á la res ésta marcha por la pista buscando el pasto, lo mejor es que espere detrás de un árbol ó mata á que pase por su inmediación para poder hacer buen tiro.

Si no halla reses por las lindes del monte, debe internarse á buscar las bañas ó los encamos, y si va con las precauciones debidas tendrá mejor éxito.

De todos modos, se necesita paciencia y mucha sagacidad, porque para cada res tendrá que discurrir nuevos procedimientos.

Esta caza se hace en noches de buena luna en algunos países, y sus aficionados llaman *rondar* á esta manera de cazar. Pero sin luna suelen salir de ronda en algunas localidades, especialmente en las sierras de la Mancha, donde los cazadores tienen que blanquear con tiza el lomo del cañón de la escopeta para poder hacer la puntería, y por cierto que la hacen buena.

CAZA DEL VENADO Á OJEO

Cuando el número de cazadores es suficiente para cercar un terreno que contiene reses, se puede ojear el monte.

Sabido es que los venados, así como la mayor parte de las reses, se ocultan durante el día en sus encamos, en lo más espeso de los montes; y la experiencia ha demostrado que permanecen allí tranquilos si el hombre no los molesta, pero que si oyen grande algazara



Una escena de los Alpes

van derechos al sitio de donde sale, porque también la experiencia les ha demostrado que allí nada tienen que temer. Por esta causa se observa que, en la mayor parte de los ojeos que se verifican en este país, muchas reses rompen el ojeo y no pasan por la línea de tiradores. En España casi todos los ojeos se hacen con muy pocos ojeadores, con muchos y muy malos perros, con